

Conformación de una biblioteca personal (o sobre algunas vicisitudes de la investigación literaria)¹

Clara María Parra Triana²

1. Los muros de mi biblioteca

Mi gusto por los libros empezó con la pequeña biblioteca familiar: figuraban allí pequeñas obras en ediciones piratas y escolares: *El hombre mediocre*, la *Iliada*, *Las novelas ejemplares*, *El cartero del rey*, *El recurso del método*, *Las aventuras de Tom Sawyer*, un extraño e ilegible libro de logaritmos, entre otros pocos volúmenes la conformaban. No sumarían 10 unidades. Mi primer recuerdo de ellos fue el de abrir el cajón y ver que todos tenían la firma de mi padre; supongo que él fue su primer lector. Yo los leí años después y siempre los cuidé. Creo que algunos aún sobreviven en la casa materna...

Al llegar a la universidad, comencé a adquirir libros de manera sistemática y seria. Ya los mantenía conmigo y los cuidaba. Con mi dinero mensual, trataba de comprar un libro y un disco cada vez. Así fui sumándole títulos a mi biblioteca, que ya no era familiar: era propiedad privada de esta lectora que, al llegar las vacaciones o el fin de semana, se encerraba y, acostada boca abajo, leía con fascinación e indiferencia ante lo que pasara afuera.

Durante mis estudios de magíster, procuré comprar todos los libros que me pedían en las clases, así mi biblioteca de literatura hispanoamericana tomó una forma más concreta: Gabriel García Márquez, Fernando del Paso, Arturo Uslar Pietri, Julio Cortázar, Carlos Fuentes, José Donoso, Alejo Carpentier, Juan Carlos Onetti, Juan Rulfo... y, por supuesto, poesía colombiana: Giovanni Quessep, José Asunción Silva, Aurelio

¹ Conferencia para la presentación del N° 46 de la *Revista Contextos*, realizada el 31 de agosto de 2020.

² Doctora en Literatura Latinoamericana, profesora asistente en la Universidad de Concepción. claraparra@udec.cl

Arturo, Jorge Gaitán Durán... Digo que se volvió más concreta mi pequeña biblioteca por dos razones: comencé a ser más selectiva y reparé más en las editoriales. Siempre recuerdo a mi profesor de medieval –hombre cascarrabias y muy entendido en las bibliotecas de la antigua España- quien nos hablaba con soltura de lo bien editados que se encontraban los libros de Castalia o de Siruela (si lo que queríamos era leer buenos libros de caballerías). Y recuerdo las lecciones de este hombre, cada vez que ahora, en mi trabajo como profesora de literatura, repito sus muletillas agregando el catálogo de Gredos para leer textos de la antigua Grecia y el de Cátedra para clásicos del renacimiento y la modernidad.

En estos ya lejanos recuerdos se encuentra la imagen de cuando recibí una espesa biblioteca de teoría literaria, casi por accidente. Una vieja conocida se mudaba y no podía llevar sus libros: me los dejó a guardar en una caja. La gran mayoría de esos textos eran de Gastón Bachelard. Años después, gracias a una mudanza, busqué a su dueña para devolvérselos, pues conocía de sobra su valor, pero ella nunca más me habló y terminé heredándolos. Aún están conmigo y son una grata compañía.

Cuando comencé a trabajar, con mi primer sueldo compré mi *Quijote*. No quería ropa, carteras o diversión... para mí *El Quijote* era mi vestido y mi diversión.

En el doctorado, con la especialización y la distancia de mi casa materna, la adquisición de libros comenzó a ser selectiva. Ya había experimentado el alejamiento de la biblioteca, y de cómo estos objetos se echan de menos. Solo quería los libros necesarios (¡como si eso fuera posible!), los que necesitaría para analizar, para leer varias veces. Así, fui adquiriendo la obra de Alfonso Reyes, los ensayos de Pedro Henríquez Ureña y los de José Carlos Mariátegui.

En mi último regreso a Chile (año 2013), volví a dejar libros en casa de mi madre. Viajé con 20 títulos muy específicos y muy amados. Mi biblioteca quedó repartida entre la casa de mi hermano (quien prometió cuidarlos) y la casa de mi madre (quien me advirtió –una vez más- que estorbaban).

Ahora tengo una casa que nos alberga a mi y a mi biblioteca. He tratado de juntar todos mis libros, a medida que le pierdo el miedo a abandonarlos por una nueva

mudanza³. Mi primer *Quijote*, los libros heredados, los obsequiados, los prestados, los nunca leídos, los leídos muchas veces, todos ellos me acompañan y me recuerdan que el tiempo es uno y que si se va leyendo es mucho mejor.

Este largo paseo por algunas de las modalidades en las que vamos acumulando libros parece una simple digestión. No obstante, es de alguna manera, parte de mi biografía como lectora y, en extenso, es la biografía de cualquier lectora: los libros no se imponen, se eligen y se van quedando en las afinidades selectivas de nuestra memoria, preferencia y lectura reiterada. En este sentido, ha sido Walter Benjamin uno de los pensadores modernos que nos ha explicitado este modo de biografíar la lectura, a partir del relato que construye al “desembalar” su biblioteca. Ese gesto inspirador y emancipador es el que emulo acá, pues de cada caja que él va desempacando construye las microhistorias que arman el universo de un lector poco convencional, capaz de reconocerse como un coleccionista de libros en la enigmática peculiaridad que implica este tipo de colección, cito a Benjamin:

...es un coleccionista quien les habla, y a fin de cuentas no habla más que de sí mismo. (...) lo que me interesa es mostrarles la relación de un coleccionista con el conjunto de sus objetos, lo que puede ser la actividad de coleccionar (...) el desorden ya habitual de estos libros dispersos subraya la presencia del azar y el destino haciendo revivir los colores del pasado. (32)

En el relato de Benjamin se aprecia un gesto sencillo: los libros de su biblioteca son aquellos a los que anhela volver cada cierto tiempo: repetir las lecturas para encontrar algo nuevo cada vez o para encontrar la confirmación de lo mismo muchas veces. El gesto se vale en ambos sentidos. La formación de una biblioteca personal, que

³ Quizá haya sido ese temor el que me animó a unirme al proyecto de Raúl Rodríguez Freire, en el año 2014, cuando propuso hacer un libro que contuviera todas las lecturas básicas de la teoría y crítica latinoamericana. En 2015, vimos materializado ese deseo en *Crítica literaria y teoría cultural, para una antología del siglo XX* (Valparaíso) en donde recogimos la mayor cantidad de voces que pudieran acompañar a los lectores formados o en formación con una pequeña biblioteca portátil.

ahora incluye -por supuesto- a la biblioteca digital y virtual, se erige sobre la aspiración y el deseo de la relectura: ese secreto placer que en el oficio de la investigación literaria queda soterrado en virtud de las propuestas, los hallazgos, las discusiones.

2. Las paradojas del oficio

Así, me voy acercando al motivo de esta intervención: ¿de qué modo la formación de una biblioteca personal contribuye o no a la denominada e instalada “investigación literaria”? ¿Quién -que se precie de ser un lector- no construye los muros de su propia biblioteca? ¿Son los profesores universitarios, de literatura, voceros de su biblioteca personal? ¿Cómo se establecen los vínculos entre la biblioteca personal y sus fugas con el oficio de la investigación literaria, cuyo desarrollo, a estas alturas, se encuentra supeditado al ámbito universitario y cuya exacerbada protocolización posee la marca de la academia con todas sus pretensiones mediante? ¿De qué manera la denominada “investigación literaria” se está enfrentando a la lectura como problemática y a la escritura como trabajo? ¿Cuál es el lugar que ocupan las revistas académicas en este oficio? En adelante, procuraré discutir en torno a estas preguntas y, sin pretender responderlas de manera absoluta, atenderé a las actuales condiciones desde las cuales se ejerce esta labor.

Para iniciar, me permito recuperar, una vez más, las ideas de Pedro Henríquez Ureña en los apartados “Literatura pura” y “Problemas de hoy” que se encuentran en las *Corrientes literarias en la América hispánica*, en donde, el ensayista, al referirse al nuevo sistema económico y a la fingida democracia, bajo las condiciones de la nueva división del trabajo, indica que los hombres de letras se alejaron de la vida pública para recogerse en su torre de marfil a manera de “venganza por la indiferencia sufrida” de parte del público aburguesado. El camino hacia otras profesiones como el periodismo o la enseñanza de las letras, inició desde finales del siglo XIX y no se ha detenido, pues la división -y precarización- del trabajo sigue su marcha. Denuncia Henríquez Ureña que de poco nos sirvió que los hombres de letras abandonaran la vida pública, aunque, en apariencia, ganaron las letras, pues los destinos de los países quedaron en manos de

meros políticos y las letras ganaron en especialización: la escritura se convirtió en un oficio y a veces, en una profesión.

La reflexión de Henríquez Ureña no solo mantiene su vigencia, sino que desde ella se podría vislumbrar –incluso– el futuro que aguardaba a la especialización de las letras en la “América hispánica”. Casi un siglo después de que Henríquez Ureña publicara sus conferencias, las especializaciones en literatura (magister y doctorados) abundan, en la misma medida los doctores y doctoras en literatura. Ahora contamos con carreras universitarias dedicadas al estudio de la literatura (en pregrado) e incluso, las universidades sostienen publicaciones especializadas (como esta revista) para difundir los resultados de las investigaciones. A nivel internacional, los sistemas de investigadores (Anid, Colciencias, Conacyt, Conicet, etc.) abren convocatorias para concursar por recursos con miras a desarrollar investigaciones “literarias”; sus resultados se publican en las revistas de las universidades bajo parámetros establecidos: una vez realizada esta tarea, el ciclo se cierra y se está listo para volver a empezar.

No me cabe duda de que nunca antes hubo tantos recursos económicos circulando para realizar “investigación literaria”. Sobre lo que sí dudo es de los fines con que se desarrolla dicha investigación: investigamos para publicar y publicamos para ser citados, aspirando a consolidar una de las mitologías modernas que Roland Barthes expusiera: el nombre de autor. No creo que existan especialistas más conscientes del mito del nombre de autor que los especialistas en literatura, pues tras el fetiche del objeto publicado se esconde la *fetichización* del nombre propio como nombre de autor.

Y ya que traigo a colación a Roland Barthes, reconozco que lo que reiteraré en esta intervención, lo había señalado el ensayista francés en la década de los '70 (esperando no caer en una argumentación cíclica que poco ayude a alterar el orden que ahora nos concierne). Dentro de los ensayos que constituyen *El susurro del lenguaje*, figura un breve anexo titulado “Los jóvenes investigadores”, cuyo sentido apuntaba a presentar los trabajos publicados en la revista *Communications*. Barthes aprovecha esa

oportunidad para evidenciar prácticas académicas que, para nuestro pesar, se reproducen en la actualidad con tal naturalización que muchas veces ni siquiera cabe criticarlas, pues nuestros pares son los primeros en reaccionar a su favor, porque, de alguna manera, tales prácticas han mecanizado sus tareas, lo que las simplifica y reduce.

Barthes evidencia la falta de deseo que se observa en las investigaciones en literatura, por su anhelo de insertarse en el aclamado cientificismo; junto con ello, expone que la comunicación de las investigaciones no reviste un desborde del lenguaje sino una “rendición de cuentas” de lo realizado, a partir de la adopción de ciertas técnicas de expresión que nada tienen que ver con la “exigencia de la escritura”, que lleva tanto a la liberación del autor como de su lector. A esos ejercicios que “rinden cuentas” Barthes los denomina “discursos reprimidos”, pues no liberan la lectura, sino que la constriñen a procedimientos consabidos y a resultados predecibles. Frente a todo esto, Barthes sostiene que la investigación ha de avanzar hacia la construcción del Texto (así, con mayúscula), entendido en el plano de la escritura, no en la rendición de cuentas, pues el “Texto no es un objeto computable, es un campo metodológico en el que se persiguen (...) el enunciado y la enunciación, lo comentado y el comentario” (126).

Mientras la investigación literaria –siguiendo con Barthes–, continúe usando el verbo escribir de manera intransitiva, de poco servirá para afectar y cambiar las reglas de juego a las que actualmente estamos supeditados. Mientras el investigador en literatura no conjugue el verbo escribir y se limite al verbo redactar (usando una lengua limpia y aséptica) la investigación literaria ni será ciencia ni se acercará al arte; por el contrario, estará condenada a engrosar los tómulos de papel y de palabras sin lectores ya existentes, pues hasta ahora, la investigación literaria solo aspira a ser leída por especialistas.

Estamos, entonces, ante lo que temiera Pedro Henríquez Ureña: textos sin público lector, abundancia de nombres de autor, escasez de individualidades lectoras y exacerbación de una lengua especializada. Resulta paradójica esta condición, sobre todo si la cotejamos con lo ya expuesto: si hay programas en nuestras universidades

dedicados a la literatura, ¿por qué escasean los lectores y las lecturas? Apuro una respuesta un poco ingrata: a los actuales profesores de literatura les cuesta trabajo admitir que son más que nada, y, ante todo, lectores. Es como si ese ejercicio hubiese perdido valor. Esa vergüenza no siempre admitida se oculta bajo la palabra investigador o investigadora, pues es cada vez es menos usual que los profesores y profesoras de literatura se formulen entre sí la pregunta ¿qué estás leyendo?; en cambio, es más frecuente la pregunta ¿qué estas investigando?

Al profesor de literatura le está pasando la cuenta la investigación literaria. Ha dejado de consolidar relevantes conjuntos de lecturas para el trabajo semestral o anual, y se ha supeditado a los títulos en los que está investigando. Y entonces el fenómeno se hace aun más evidente: los estudiantes de literatura solo hablan de los textos en los que sus profesores investigan y repiten los conceptos y sus mecanismos de abordaje textual. Entonces, lo que podría ser la oportunidad para amplificar la marcha de la lectura, se ha convertido en el ensimismamiento del investigador en literatura, pues este, en su afán de legitimación, sucumbe a la tentación de reemplazar textos centrales, por los que él mismo ha escrito, bajo la excusa de la “actualización bibliográfica”.

Pero el problema no se queda ahí, pues quienes todavía afirman que no investigan porque la docencia –en literatura- no se los permite, falsean el oficio en virtud de la repetición insaciable de quien ha olvidado el compromiso social del profesor de literatura. Y este compromiso se engloba en dos acciones centrales: la lectura y la escritura. Un profesor de literatura que no investiga, confiesa cínicamente que no lee ni escribe; y es que la acción de investigar no se restringe a la postulación a fondos por la vía de proyectos; la investigación literaria, desde la docencia universitaria, es una labor cotidiana, pues todos los días, desde nuestras crecientes bibliotecas personales, nos enfrentamos a la puesta en juego del lenguaje.

3. Volver a la lectura

Considero que una de las maneras de detener esta máquina es volver a ser lectores y así poder decir, abierta y francamente que, por ejemplo, más que investigadora soy una simple lectora. Soy una simple lectora que vino a Chile creyendo que las casas con techos de zinc y cercos de madera de los que escribió Jorge Teillier sí existen; soy una simple lectora que encontró en la vasta obra de Alfonso Reyes una excusa para estudiar a los clásicos: desde el helenismo hasta Góngora, además de Goethe y la inteligencia americana; soy una simple lectora que siente envidia de cómo leen y escriben José Carlos Mariátegui, Elena Poniatowska o Josefina Ludmer; soy una simple lectora que, fascinada por las lecturas de otros, se agolpó a escudriñar en las bibliotecas familiares en busca de lecturas infantiles; soy una simple lectora que cuanto más acerca los ojos al siglo XIX, más excusas encuentra para devolverse en el tiempo y hacer que otros imaginen a Fray Servando Teresa de Mier -dando su sermón Guadalupano-, a Simón Rodríguez -jugando con las letras de la imprenta- o a Flora Tristán -recorriendo la sierra peruana a lomo de mula. En pocas palabras, *soy una simple lectora que habita y abre, mediante la investigación literaria su biblioteca personal.*

Y ser lectora hoy, y nada más que eso, es un placer y una grata responsabilidad que apenas se comparte con quienes se dedican a la enseñanza de la literatura, pues, sin duda, la pregunta por la investigación literaria pasa, obligadamente por lo que hacemos en las salas de clase. Pregunto con cierto pudor: ¿cuál es el sentido que tiene la enseñanza de la literatura en las universidades contemporáneas? Porque considero que la enseñanza de la literatura se da justamente, cuando no es suficiente con leer para sí mismo (a puerta cerrada), enseñar literatura es y ha de ser, la puesta a prueba de nuestra capacidad para comunicar lo que leemos, el tanteo de las posibilidades sobre lo que nos dejan ver los textos, ya sea en forma de narraciones, de reflexiones en prosa, de imágenes poéticas...

Quienes se dicen investigadores en literatura, pero no son capaces de comunicar lo que leen, deben reencontrar el rumbo que los llevó a tomar la decisión de dedicarse

a las letras. De nada sirven las actitudes autocomplacientes: con hablar raro, en jerga extraña, con despliegues de tecnolexia, flaco favor se le hace a la lectura. No es de marcos de teóricos de lo que carecemos, ni de metodologías ni de protocolos investigativos; carecemos de la puesta en común del ejercicio de la lectura, de su apertura hacia los nuevos lectores, a los no tan entrenados, a los que solo ven en el verso el verso y no la “orilla que se abisma” o “el ángel que se inclina” (Juan L. Ortiz, *dixit*).

Los actuales investigadores en literatura han pretendido acoger y pretenden ser acogidos bajo las modalidades del formato y del protocolo. Al hacerlo, le han arrebatado la individualidad a su oficio, su carácter desbordante de todo formato y de todo preestablecimiento y predeterminación que suscitan la lectura y la escritura. La evidencia más tangible de la renuncia de los investigadores en literatura a la lectura queda en evidencia bajo la idea del “corpus”. En la obligatoriedad de ver el margen y no la relación y más allá de esta, se empobrece el ejercicio lector y se lo hace predecible. Es ese temor a que no se comprenda lo que se quiere decir lo que hace que el investigador arme conjuntos de obviedades, y que en su labor docente pretenda hacer de la obviedad el recurso primario de su investigación.

La denuncia de esos excesos la podemos encontrar en reflexiones como la de Alberto Giordano, quien en el prólogo al *Discurso sobre el ensayo en la cultura argentina de los años 80* explicita que la forma del ensayo se presenta allí donde “un estilo de vida académica, inconforme y disidente, que expresa la necesidad de desbordar las clausuras disciplinarias [busca restituirle] al vínculo entre escritura e investigación la potencia heurística que debilitan e inhiben los imperativos metodológicos” (26). El ensayo, esa forma protéica (al decir de Liliana Weinberg) podría contribuir al afianzamiento de la escritura en la escena universitaria e investigativa, siempre y cuando el académico o académica le pierda el miedo y el pudor, pues ya se ha hecho común escuchar -en los pasillos de nuestras universidades y de nuestras escuelas de literatura- que a los estudiantes no se les puede pedir “simples ensayos” (nada más lejano a la simpleza que la forma ensayística) o que “para escribir un buen ensayo se necesita toda una vida de práctica de escritura”. Ambos extremos niegan las posibilidades ensayísticas: la

búsqueda, el hallazgo, la puesta a prueba de los argumentos y la capacidad para iniciar una plática en un punto insospechado. Más nos vale aceptar, como académicos, que el temor –disfrazado de pudor- nos ha hecho expulsar de la sala de clases a la asistente menos sumisa: la escritura.

4. El espacio de la escritura

Investigar en literatura, ha de ser una aventura inusitada, un espacio por descubrir en el que la lectura y la escritura han de ser compañeras de marcha. La escritura no debería llegar solo para “rendir cuentas” de los resultados; la escritura es la marcha, la lectura sus anteojos. Si le devolvemos a la investigación literaria la sana relación que debe sostener con la escritura, encontraremos menos individuos creyendo que deben optar entre la investigación o la docencia: estas dos labores se apoyarán con el fin de ensanchar los contornos que supuestamente las supeditan, para así recuperar la experiencia compartida de la lectura en la que comunidades de lectores –los investigadores, docentes y estudiantes- volverán a confiar en la palabra creativa y creadora.

Dentro de las preguntas que formulé anteriormente se encontraba el cuestionamiento sobre el papel que ha de sostener una publicación como esta, la *Revista Contextos*, de la Facultad de Historia, Geografía y Letras de la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación. Y es que no es una tarea fácil la que enfrenta, pues, como plataforma de difusión de la investigación que se desarrolla en la actualidad en diferentes áreas de las humanidades, el desafío que tiene es el de propiciar la lectura. Y esto quizá se logre si la revista, más allá de los convencionalismos academicistas acoge verdaderos ejercicios de pensamiento en los que se ponga a prueba la capacidad comunicativa de nuestras actuales lecturas y su voluntad expresiva como testimonios de un presente atravesado por diversas urgencias, las cuales superen la jerga y los discursos especializados.

La acogida de resultados de investigación en humanidades, ha de ser tan válida como el fomento de la lectura crítica y la escritura impredecible. Las formas de la reseña

y del ensayo son dos excelentes ejemplos de este comportamiento, pero paradójicamente, son consideradas formas menores dentro de las publicaciones seriadas. La reseña es una modalidad textual con grandes potencialidades, pero que pocos académicos cultivan por falta de tiempo, voluntad o incentivo. La última de las razones elimina a la primera, por lo que solo nos queda la voluntad y frente a esta es el impulso lector el único que propicia las condiciones para su escritura. La reseña es un barómetro del presente de la lectura, sobre todo si no se halla escrita bajo la obligación, el compromiso o complacencia del amiguismo. El reseñista es un lector agudo, creativo y generoso que tiende puentes entre los textos reseñados, los saberes especializados que le permiten mirar en profundidad, el uso de una lengua que, aunque entrenada, no tiene por qué ser dócil, y la formación incesante de nuevas bibliotecas personales en expansión que derivarán -en el mejor de los casos- en nuevos tanteos de escrituras y de potenciales investigaciones en desarrollo y puesta en marcha. La reseña crítica es entonces una de las formas que logra conciliar, en su brevedad, diferentes mundos que colisionan en un espacio-tiempo selectivo, profundo y abierto, como han de ser nuestras bibliotecas personales y nuestras investigaciones literarias.

Esto quizá, y para terminar, nos devolvería la fe en que los crecientes estantes de libros que conformen -en adelante- nuestras bibliotecas personales, sean unas de las pocas murallas que no separen ni dividan el mundo sino que extiendan nuestras capacidades para imaginar, crear y propiciar otras formas de conocimiento, de lectura y de escritura.

Referencias bibliográficas

Barthes, Roland. *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*. Barcelona: Paidós, 2009.

Benjamin, Walter. *Desembalo mi biblioteca. El arte de coleccionar*. Palma, España: Editorial Centellas, 2012.

Giordano, Alberto. *El discurso sobre el ensayo en la cultura argentina de los años 80*. Santiago: Ediciones Mimesis, 2019.

Henríquez Ureña, Pedro. *Las corrientes literarias en la América Hispánica*. Ciudad de México: F.C.E., 2001.

Weinberg, Liliana. *Situación del ensayo*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2006.